

## Los cines donde los gallegos descubrían el mundo

# «Quen vai querer isto?»

LAS ANTIGUAS SALAS DE CINE LANGUIDECEN A LO LARGO DE TODA GALICIA. PERO SOLO A NIVEL ARQUITECTÓNICO. SUS RUINAS CONSERVAN EL RECUERDO DE AQUELLAS TARDES DE CINE Y BAILE. EL ÚNICO LUGAR DONDE RELACIONARSE. INFORME EN V (DOMINGO 22.30) RECORRE ESTOS ANTIGUOS LOCALES QUE ERAN MUCHO MÁS QUE CELULOIDE.

Por **Gladys Vázquez, Iago García y Ruth Sousa**

Cuando en 1895 los hermanos Lumière grababan la salida de los trabajadores de una fábrica nadie pensaba que aquel film serviría para algo más que para patentar un avance tecnológico: el cinematógrafo. Las primeras proyecciones se limitaban a mostrar tomas de acciones cotidianas. Quizás la más célebre sea la de *El regador regado*, un gag cómico en el que un niño pisa la manguera de un jardinero provocándole un remojón. A Galicia el cine llega como progreso científico en 1897 instalándose en Pontevedra un cinematógrafo procedente de Portugal que giraría después por las ciudades. «Era un espectáculo de feira sen consideración social ningunha. Barracas que se acompañaban de música e monólogos. Non foi ata despois da I Guerra Mundial cando pasou aos teatros alternándose funcións e proxeccións», señala Manuel González, historiador cinematográfico. El teatro Alfonso de Betanzos es uno de los exponentes de la época. Mientras, en unos Estados Unidos repletos de inmigrantes a principios del siglo XX, el fenómeno crece favorecido por un defecto que se convierte en virtud: el cine mudo rompe la barrera del idioma. Después llegaría el sonoro y las estrellas hollywoodienses. «A mediados dos 20 o cinema comeza a construír o seu propio edificio. Precisa un espazo escuro, sen escenario e cunha pantalla que che permita soñar. Na década dos 50 hai en Galicia máis de 600 salas. Durante a época franquista o technicolor dos domingos era a evasión dos mozos», continúa González, que nos ha citado en una cafetería de San Sadurniño. Pronto descubriremos que es una localización premeditada al cruzar una cortina.

—«A trastenda?», preguntamos.  
—«Non. É unha metáfora do que pasou coas salas». Esquivamos cajas de refrescos y descubrimos el antiguo cine de la localidad. Imponente y desolador. De la pantalla queda el marco. Las butacas no existen. En el palco, una inscripción: «Castro Moreno. 1949». «Se inauguró un año después. Yo he visto aquí comedias de los Marx y Lo que el viento se llevó», comenta el actual propietario,



José Luis Sanjurjo. Adquirió las instalaciones en 1987, sus sobrinos las explotaron como sala de conciertos, llegó a montar un restaurante y hace dos años recuperó el vestíbulo como café-pub. No se proyectan películas desde hace medio siglo. Atrás quedan los domingos en los que los vecinos

iban al cine: «Cuando cierra en 1965 se pasó del todo a la nada. Era todo un ceremonial desde los carteles en la entrada al momento en el que te sentabas. Veníamos aquí y descubríamos el mundo». Reconoce estar orgulloso de habérselo quedado, pero ahora el gigante tiene tono de suspense. «Esto

ya no está para jugar a los bares. El concello tenía un proyecto para rehabilitarlo que se quedó en nada y eso que es un local con muchísimo encanto», dice José Luis. Un pequeño rollo de celuloide acumula polvo en la sala del proyector. Fondo negro y tres letras mayúsculas: «FIN».

### ► PRESENTE Y FUTURO

Adriano y sus hermanos recibieron una herencia llena de magia: el Cine Adriano de Barallobre. Ahora sueñan con que alguien se haga cargo de este imponente edificio que no tiene uso desde hace cuatro décadas. Los chicos del grupo cultural Lumen han llegado con aires renovados. A través del proyecto fotográfico «Adriano, sesión continua» buscan recuperar en cierto modo la vida de la sala. En sus sueños, que los vecinos vuelvan a disfrutar de este espacio. Sus propietarios lo tienen a la venta a precio de piso: 150 mil euros por 1500 metros cuadrados llenos de historia del cine, pero también de la sociedad de la zona.

| CÉSAR TOIMIL